

Colección Orígenes
Mitología Japonesa
1.- La creación de Japón.

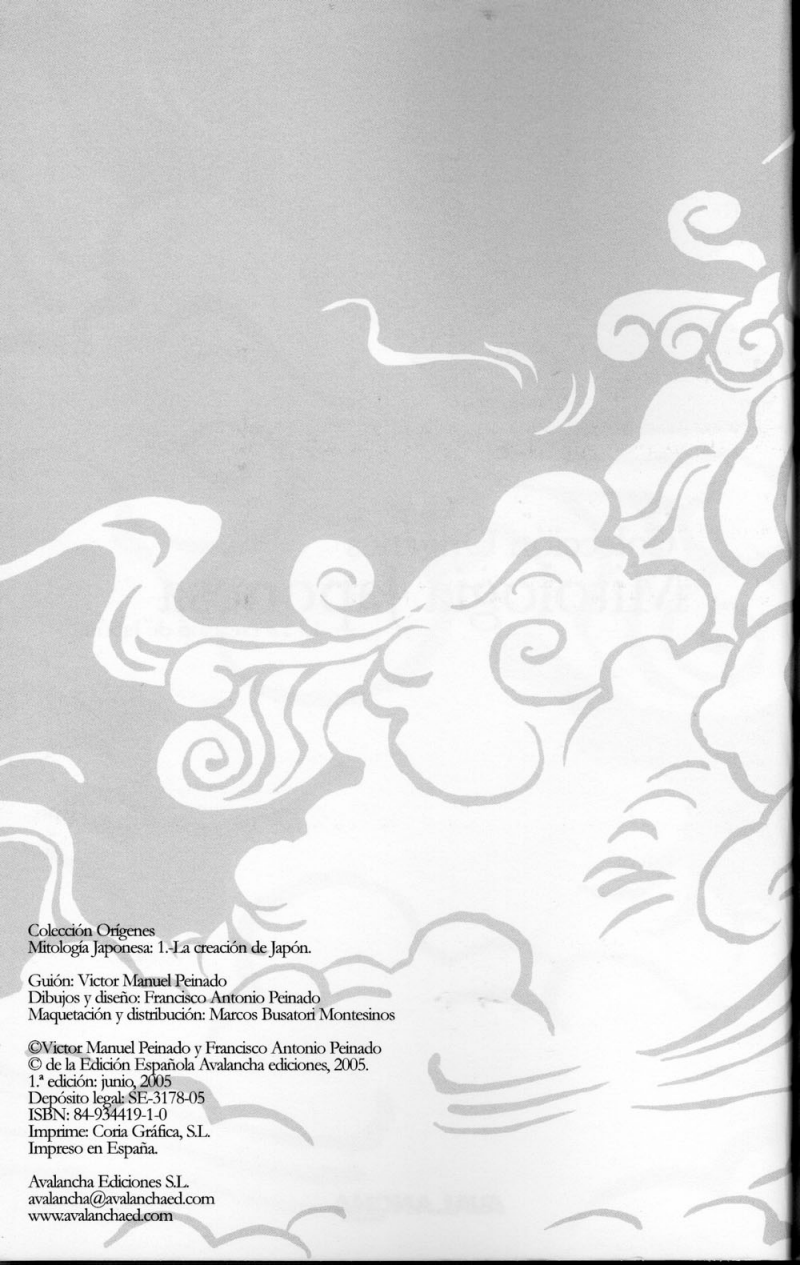


AVALANCHA
ediciones



Colección Orígenes
Mitología Japonesa
1.- La creación de Japón.

AVALANCHA
Ediciones

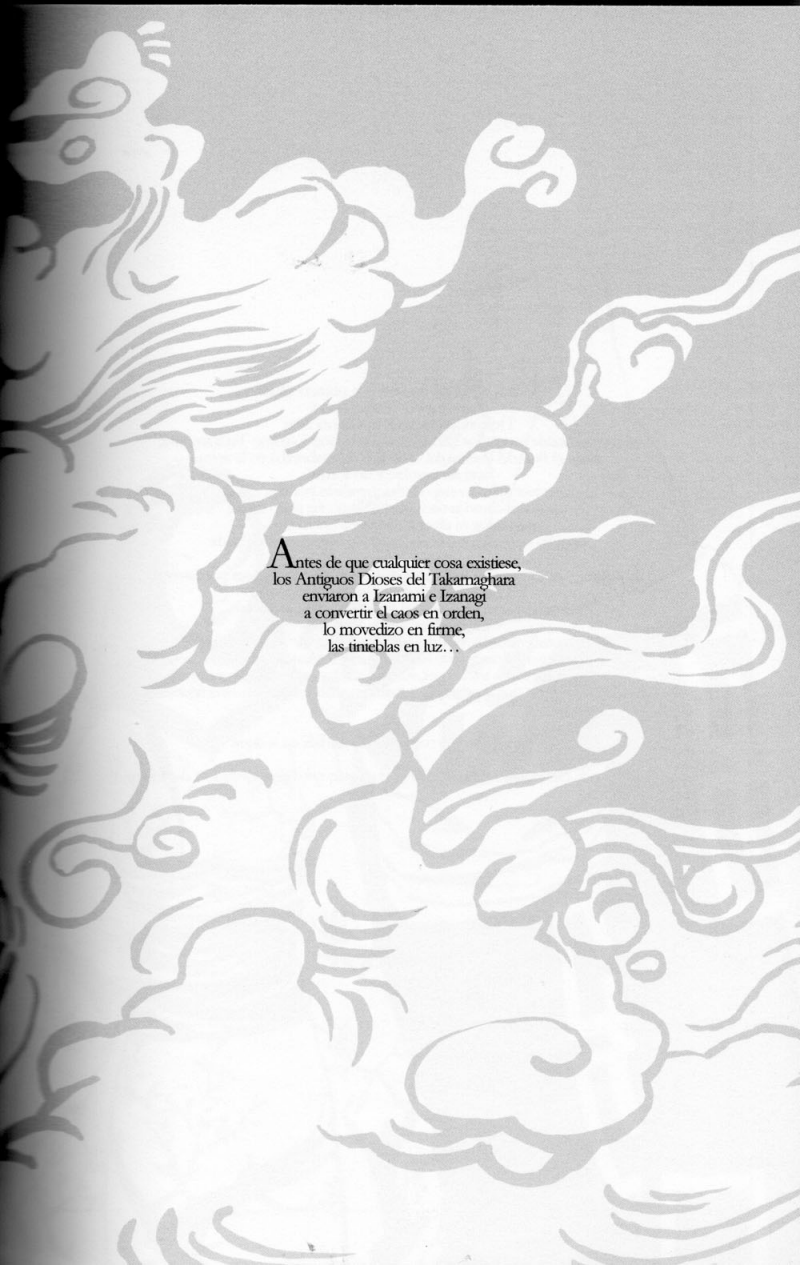


Colección Orígenes
Mitología Japonesa: 1.-La creación de Japón.

Guión: Victor Manuel Peinado
Dibujos y diseño: Francisco Antonio Peinado
Maquetación y distribución: Marcos Busatori Montesinos

©Victor Manuel Peinado y Francisco Antonio Peinado
© de la Edición Española Avalancha ediciones, 2005.
1.ª edición: junio, 2005
Depósito legal: SE-3178-05
ISBN: 84-934419-1-0
Imprime: Coria Gráfica, S.L.
Impreso en España.

Avalancha Ediciones S.L.
avalancha@avalanchaed.com
www.avalanchaed.com



Antes de que cualquier cosa existiese,
los Antiguos Dioses del Takamagahara
enviaron a Izanami e Izanagi
a convertir el caos en orden,
lo movedizo en firme,
las tinieblas en luz...

Eran el primer hombre y la primera mujer,
Padre Cielo y Madre Tierra.
Descendieron desde la Llanura Alta,
el paraíso donde moran los Dioses también conocido como Takamaghara,
hasta el final del Puente del Cielo que desembocaba en la tierra,
aún sin nombre y sin forma.
Este inhóspito mundo estaba inundado por una niebla
tan densa como la oscuridad en la noche más oscura;
ni sonidos, ni el soplo del viento, ni olores...
tan sólo se podían sentir el uno al otro inmersos en la nada.

Los primeros hombres eran seres perfectos como sólo los Dioses pueden serlo.
Izanagi era fuerte como brotes de sauce;
Izanami hermosa como el agua que cae de la cascada.
Eran sabios, justos, inocentes
y las más elevadas virtudes formaban parte de sus esencias.
Por su propia naturaleza fueron elegidos para moldear a su antojo la Tierra.
Ellos, de entre todos los Dioses, sabrían que hacer llegado el momento,
aunque bien es cierto que al principio, reinaba en ambos una gran incertidumbre...

-¿Es esto la Tierra?- preguntó ella sumida en la duda.

-Es aquí donde está nuestro trabajo. Éste es el mundo que hemos venido a dar forma.



Y con esta afirmación, Izanagi, comenzó a hundir una y otra vez su sagrado venablo,
el llamado Amanonuboko,
buscando un suelo firme donde pisar
entre las cenagosas aguas inmóviles que estaban bajo sus pies.
Nada sólido era alcanzado con la punta de su arma y numerosos fueron los intentos.
Pero es imposible hacer desistir a un Dios de su empeño o agotar su paciencia,
y menos aún la de Padre Cielo.

Finalmente, las nieblas comenzaron a disiparse,
elevándose lentamente hasta el cielo donde fueron tomando la forma de nubes,
como si no quisieran abandonar la Tierra que habitaron desde el principio de los tiempos.
En la punta de Amanonuboko se podía distinguir un grumo de barro que cayó de nuevo
sin mezclarse con el agua.

Así se separaron por primera vez tierra y agua,
e Izanagi, con su poderoso brazo,
pronto pudo separar infinidad de grumos que fueron uniéndose al caer.

Se formaron las primeras islas
que quedaban rodeadas del agua limpia y pura, ya despojada del barro que contenía.
Ambos pudieron contemplar cómo el radiante cielo azul se reflejaba en las cristalinas aguas,
y cómo las nubes les sonreían desde las alturas,
alegres por verse tan cerca de su antiguo hogar a través de ese reflejo.

Contemplaban la nueva Tierra entusiasmados
y la recorrieron juntos explorando hasta sus más recónditos lugares.
La primera isla fue nombrada Onogoro,
y pronto descubrieron que amaban cada cosa que había sobre ella.
Cuando llegaron a sentirse fatigados por los constantes viajes,
se sentaron en un llano donde podían admirar la belleza de su creación. Izanagi dijo:

-Éste es nuestro nuevo hogar. Aunque no debemos olvidar de dónde venimos,
y a quién debemos este maravilloso regalo.
Levantaremos un altar para venerar a los Dioses que nos enviaron a la Tierra.

-Sí - contestó ella, feliz y amable como siempre se mostraba- levantaremos una gran columna,
tan grande que llegará al Cielo y podrá ser tocada por los Dioses del Takamaghara,
para así poder estar siempre cerca de nuestro antiguo hogar.

Y sucedió tal como fue descrito por ambos.
En Onogoro se construyó el altar, Yashidono,
y se alzó majestuosamente el Augusto Pilar del Cielo o Amanomihashira.
Los Dioses, agradecidos por la ofrenda,
hicieron que los cielos se terminasen de separar de las aguas
y numerosas islas nuevas empezaron a emerger de ellas.

Eran ocho grandes e imponentes islas las que ahora les rodeaban.
Cada una tenía un alma distinta a las demás y su propia forma de ser.
Algunas, como Honshu, poseían grandes montañas escarpadas.
Tanto Izanagi como Izanami comprendían que las que tomaban esta forma
no querían ser visitadas frecuentemente porque gustaban del placer de la soledad,
y ambos lo respetaban desde su infinita comprensión.
Otras en cambio poseían hermosos bosques y valles, como era el caso de Kyūshū,
que deseaba ser admirada en su espléndida belleza,
y por ello era lugar habitual de descanso para el deleite de los Dioses.



El tiempo pasó,
y mientras Izanagi recorría cada lugar de estas nuevas tierras,
Izanami se ocupó de no descuidar el culto.
No había descanso para la Diosa mientras él viajaba.
Rezaba constantemente pidiendo a los Antiguos Dioses protección para su amado,
y agradecía con más plegarias cada regreso de éste, sano y salvo a su lado.

Pero algo empezó a germinar en ella.
Un sentimiento que hasta el momento desconocía y que se fue adueñando de su ser con más intensidad.
Veía cada día cómo a su alrededor florecían los campos
con árboles y flores de todo tipo de olores, colores y texturas distintas;
nacían las crías de zorros y tejedores, del gorrión y del tordo;
las tierras comenzaban a dar abundantes cosechas.
Todo lo que había en la Tierra daba su fruto, aportando algo al entorno,
formando parte de una melodiosa armonía.
Todo lo existente tomaba parte en un diálogo del que sólo quedaba excluida la propia Izanami.
Al regreso de uno de sus viajes, Izanagi viéndola tan apenada le preguntó mirándola a los ojos:

-¿Cuál es la causa de tu tristeza?

-Siento no formar parte de aquello que estamos creando.
He preguntado a los Dioses muchas veces desde que me siento tan triste, pero parecen ignorar mi pesar
- contestó angustiada Izanami.

-No hay nada en este mundo o en el otro que ellos ignoren.
Debemos seguir con nuestro cometido nosotros solos, y quizás esto sea parte del mismo
- decía él, mientras acariciaba el sedoso cabello de su amada- quizás...

Sin saber cómo, se acercaron tanto que eran incapaces de saber dónde acababa la figura de uno
y dónde empezaba la del otro.

Ambos se fundieron, llegando a ser un solo ser, un solo cuerpo, una sola alma...
y así tuvo lugar el primer encuentro amoroso entre Dioses.

Izanami comprendió que aquella armonía que observaba en el mundo
no era distinta al amor que ahora surgía entre ellos, y de nuevo pudo ser feliz.

Esta unión fue grata a las antiguas divinidades del Takamagahara
que les otorgaron su primera línea de descendencia: Los primeros Kamis,
espíritus de la Naturaleza que se propagaron por la Tierra,
llegando hasta las propias raíces del mundo.

Sus esencias lo impregnaban todo.

Nacieron kamis del mar, de las montañas, de los bosques, de los ríos...
de todo aquello que hace que el mundo sea tal como es.

Algunos tenían a su cargo altas misiones, como los kamis de las estaciones,
otros en cambio parecían menos poderosos, como el kami de la teja, aunque todos eran importantes.
Esa es la grandeza que hay en ellos, todos en conjunto dan forma al mundo.

La unión de todos forma el espíritu del mundo.

La felicidad de sus padres era plena al verse rodeados por tan grandiosos hijos.
Ambos sabían que su amor había sido aceptado por los Dioses y que los kamis eran la prueba de ello.

Tanto Izanami como Izanagi a veces volvían para sentarse juntos en la Llanura de Onogoro,
donde el mundo comenzó a tomar forma.

Allí observaban el nuevo aspecto de la Tierra

y se sentían orgullosos de su obra,

ahora revestida con miles de espíritus que la dotaban de movimiento propio.

Su labor parecía haber llegado a su fin.



Pero incluso los Dioses deben aprender ciertas cosas, como que la felicidad no es eterna. Nada en este mundo dura para siempre y ésta era la gran diferencia con el Takamagahara.

La eternidad pertenece a los Dioses en su hogar y no a la Tierra.

Izanagi e Izanami lo aprendieron de una forma cruel que quedaría grabada en las propias entrañas del mundo.

En aquel tiempo existía un elemento capaz de destruir a su antojo todo aquello que osase ponerse a su paso; el fuego.

En ciertas ocasiones Izanagi tuvo que combatirlo cuando éste intentaba arrasar bosques y campos de forma despiadada. Todos los kamis temían al fuego, sabían que era un enemigo peligroso y que incluso para su todopoderoso padre, era un duro adversario.

Pero tal era el orden que se había impuesto en este recién nacido mundo, que todo elemento debía poseer su propio espíritu, y cuando surgió el del fuego trajo consigo una devastación tan grande como la provocada por el elemento mismo.

Izanami sufrió una lenta y dolorosa muerte.

Las quemaduras que en ella dejó el parto del que surgió Kagutsuchi, kami del fuego, hicieron que su agonía fuese el más terrible castigo que haya sufrido jamás ser alguno.

Izanagi trató de ayudar a su amada,

pero todos los esfuerzos eran inútiles y ella empeoraba a cada instante.

De sus vómitos y heces nacieron cientos de kamis oscuros,

hordas de demonios que rápidamente abandonaron el lugar

y se expandieron por todo el mundo,

ocupando la inhabitada región del subsuelo; la región de los muertos o Hades; el llamado reino de Yomi.

La rabia cegó a Izanagi, que dejó escapar las dos únicas lágrimas, una por cada ojo,

que derramó en toda su inmortal existencia.

Sentía que ni siquiera su inmenso poder era suficiente para acabar con el sufrimiento de Izanami y al escuchar su último suspiro, la rabia se tornó locura.

Empuñando el sagrado Amanonuboko, cortó con destreza la cabeza de Kagutsuchi que cayó al suelo provocando un terrible incendio.

Nada pudieron hacer los kamis por reducir las llamas

antes de que el cuerpo de su madre fuese totalmente consumido por ellas.



Mientras, Izanagi observaba con la mirada ausente
aquel espectáculo de destrucción provocado por su propia ira.
De la sangre que manó de Kagutsuchi, y al mezclarse ésta con la tierra,
nació el Dios Rompepiedras o Gran Dios de la Roca,
y de las únicas lágrimas vertidas por Izanagi, también al contacto con el suelo,
surgió la bella Diosa de la Fuente del Llanto.

El dolor que invadía a Izanagi era imposible de describir con palabras.
Fue un dolor infinitamente más profundo y esencial que el peor de los dolores físicos.
Sintió como si hubiese muerto su alma, antaño guerrera y todopoderosa,
y desde aquel momento,
sólo pudo vagar por el mundo como un cuerpo vacío, desprovisto de espíritu.
Ya no estaba en armonía con la Tierra.
Ningún elemento sin espíritu podía estarlo.

Los esfuerzos de sus numerosos hijos fueron en vano y nada consiguió consolarle,
ni siquiera el intento de la Diosa de la Fuente del Llanto, nacida en la trágica muerte de Izanami.
Esta, viendo la gran angustia que embargaba a su padre se dirigió a él:

-Padre -dijo con una melodiosa voz que sonaba como el rumor del mar cuando está en perfecta calma-
puedo intentar ayudarte. Le ruego que me cuente lo que siente y yo trataré de mitigar su dolor.

Y así lo hizo.

Izanagi trató de describir con palabras lo que su corazón sentía tras la pérdida de su amada.
La Diosa escuchaba atentamente a su padre y, mientras lo hacía,
éste observaba como un recipiente de fino barro que llevaba debajo de su brazo derecho se llenaba,
cada vez más y más, de agua. Cuando hubo acabado, ella le habló de nuevo:

-En este cántaro he acumulado las lágrimas que ya no derramarás por Izanami.
De tus palabras he eliminado la pena de tu corazón, y de tu mirada, las que he encontrado en tu alma.
Cuando las vierta en la sagrada Fuente del Llanto, ya no saldrán jamás a través de tus ojos.

La Diosa partió de inmediato para cumplir lo prometido, pero de nada sirvió.
Es cierto que Izanagi no volvió a derramar una lágrima jamás, pero su dolor era tan grande
que llegaba más allá de la región de su propia alma.
Era un dolor indestructible que, como tal, le acompañaría por toda la eternidad.



Muchos fueron los días y las noches en las que caminé triste, recorriendo cada paraje que había creado y conocido junto a su amada. El último lugar que visitó fue el favorito de ambos, aquél en el que todo empezó, donde levantaron el altar Yashidono, en la Llanura de Onogoro. Desde allí y a través del Augusto Pilar del Cielo, habló directamente a los Dioses:

-¡Contemplad este mundo al que hemos dado forma donde antes sólo se extendía la nada! -gritó Izanagi, rompiendo la quietud del mundo- Cumplimos nuestra misión para haceros felices, renunciando así a la propia felicidad que poseíamos allí en nuestro hogar junto a vosotros.

Ya nada levantará mi ánimo, porque mi amada ha muerto y por ello iré al reino de la muerte, allí donde aún se extienden las tinieblas, para traerla de nuevo a mi lado.

Ese fue el desafío que el Primer Hombre envió a los Antiguos Dioses a los que siempre había venerado, honrado y respetado.

Nada lo detuvo. Nada lograría frenar su veloz carrera hacia las sombras, y de hecho nada lo intentó. Sus pies dejaron de tocar el suelo y sólo el leve movimiento de la fina hierba, daba fe de su vuelo a ras de tierra.

Recorrió sin cesar las vastas regiones que había moldeado desde la nada originaria, aquellas a las que consideraba como a sus propios hijos, y el rastro invisible que dejaba a su paso fue dando color a campos y fruto a las cosechas.

Su cara era fría como el agua de lluvia, y cualquier expresión en su rostro, se encontraba a un universo de distancia de él. Sus ojos ya eran incapaces de transmitir lo que ocurría en su interior.

Aunque el miedo no puede ser combatido con arma alguna, Izanagi nunca perdió una batalla contra él, y ahora estaba más lejos de la derrota que nunca, más aún, había conseguido ponerlo a su favor.

Cuando llegó a las siniestras regiones del subsuelo, el llamado reino de Yomi, ningún demonio se atrevió a salirle al paso.

Sus manos sostenían el mango del Amanonuboko pero en ningún momento tuvo que desenfundarlo.

Los karnis oscuros se ocultaban entre las rocas mirando con pavor el avance de su padre, sin intentar tan siquiera cruzar su mirada con él.

El miedo era ahora, sin duda, su más fiel aliado.

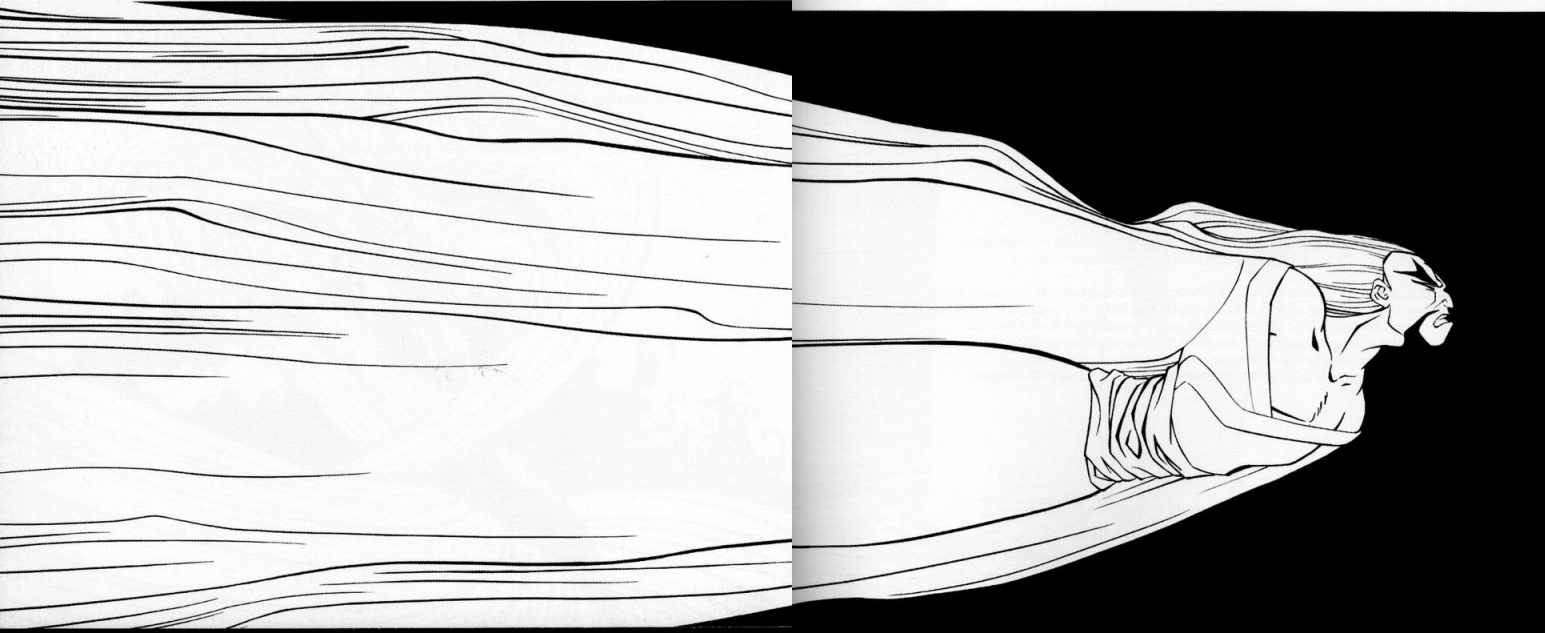
Primero fueron montañas escabrosas que fueron dando paso a los incontables volcanes.

Luego fueron bosques tenebrosos de negros árboles cuyas ramas parecían tejidas en forma de red, y que pronto probaron el filo del arma de Izanagi, cayendo inertes al suelo.

Los bosques dieron paso a ríos de fuego que dieron paso a abismos helados...

Siguió su camino sin descanso y finalmente, llegó a su destino.

Llegó a las puertas del Hades, las abrió sin encontrar dificultad alguna y se adentró en el desconocido mundo subterráneo.



Izanagi avanzó por lo que parecía una profunda gruta.
Sus oscuras paredes se confundían con las sombras que en ellas se proyectaban,
simulando siniestras figuras con formas que harían estremecer de miedo a cualquier otro ser,
ya fuera hombre o Dios.

Él trataba de no mirar estas paredes y avanzaba con decisión.
A lo lejos empezó a distinguir una figura que conocía perfectamente y, sin darse cuenta,
comenzó a correr rápidamente hacia ella.

Ésta, a su vez, se lanzó hacia él y, cuando se encontraron, se fundieron en un largo y fuerte abrazo.
Izanagi la observaba sorprendido,

viendo que su amada estaba tan hermosa como se encontraba antes de su fallecimiento,
pero advirtiendo que su traje y su peinado habían cambiado,
dándole un aspecto que nunca había conocido.

Sin poder creer aún que la tenía de nuevo frente a sus ojos le dijo:

-Izanami, he venido a por ti. Nuestro mundo no es el mismo sin tu presencia,
ha desaparecido de él la alegría que existía mientras estabas a mi lado.

Yo necesito de ti, como nuestros hijos y la propia Tierra,
por ello te pido que regreses conmigo.

-¡Amor mío!- dijo Izanami sonriendo tristemente- eso es imposible por mucho que ambos lo deseemos.
He probado la comida de este siniestro lugar y he tomado su vino.
Pertenezco a las tinieblas y por ello no puedo volver a la luz contigo.

-He venido hasta aquí desafiando al Señor del Centro del Cielo
y mataría sin pensarlo al dueño de este mundo.

Nada me importa excepto llevarte conmigo a nuestro hogar.
Yo ya he hecho lo imposible por ti, ¿acaso no harás tú lo mismo? - preguntó angustiado Izanagi.

-¿Qué no sería capaz de hacer yo por volver a verte feliz?

Sé que has corrido los más insospechados peligros al venir a buscarme
y que yo sería la más deshonrosa cobarde si no intentase conseguir aquello que me pides.
Por ello iré a ver al señor de este país, y le pediré que me deje partir a tu lado hasta nuestro mundo.
Pero antes debes prometerme algo. Que me esperarás aquí, sin adentrarte más, pase lo que pase.

-¡Lo haré!- afirmó solemne Izanagi- lo juro por nuestro amor.

-Bien, pero recuerda que por ninguna circunstancia debes ir a buscarme.
No debes entrar en mi casa por mucho que tarde.

Así Izanagi vio cómo su amada se alejaba en las profundidades de la extensa cueva.
Cuando ésta desapareció de su vista se sintió solo, inmerso en la densa oscuridad

pero notando en su propio corazón una esperanza que lo desbordaba.
Le había prometido por dos veces a Izanami que se quedaría allí,
y sabía que cumpliría su promesa pasase lo que pasase.

El regreso al hogar junto a su amor era sólo una cuestión de tiempo.



Pasó mucho, mucho tiempo,
más del que ningún mortal haya vivido, y siguió esperando sin renunciar a su empeño,
cuando algo empezó a cambiar en el lugar.
Un olor nauseabundo a corrupción empezó a invadir la estancia haciendo el aire casi irrespirable.
El hedor se hacía cada vez más intenso, al mismo tiempo que las sombras que habitaban en la pared
se empezaron a mover más rápidamente
dirigiéndose hacia el interior de la cueva, hacia la casa de Izanami.
En poco tiempo, Izanagi empezó a sumirse en una locura incontrolable;
cayó al suelo clavando las rodillas, sacó un pañuelo y se tapó la nariz para poder soportar el hedor.
Empezó a observar cómo las sombras tomaban la forma de un grupo de demonios,
y que éstos estaban posados sobre una figura humana que trataba de resistirse a ellos.
Sin pensarlo más, prendió fuego a una de las peinetas que sujetaban su pelo
y empezó a adentrarse velozmente por el lugar, atravesando sin darse cuenta el umbral de la casa,
aquél que prometió no cruzar, entrando así en una pequeña cámara.

Ante sí mismo tuvo lugar una escalofriante visión;
en el suelo se encontraba el cuerpo descompuesto de Izanami, envuelto en un viejo y desgastado sudario.
Al cuerpo de la Diosa le faltaban trozos de carne y sólo un tenue movimiento de su pecho
demostraba que todavía en él quedaba algo de vida.
Su aspecto, antes dulce, ahora era absolutamente terrible;
toda su piel carecía de color, sus manos eran como finas ramas de cerezo
que acababan en uñas angulosas, quebradas bruscamente.
Parecía que llevaba largo tiempo muerta y en Izanagi no quedó la más mínima duda
de que era ella de la que manaba el insoportable hedor,
ya que en la cámara el olor era todavía más intenso.
Alrededor de la Diosa había acurrucados ocho Demonios del Trueno
a los que pudo reconocer como las sombras que antes moraban en la pared.
Estos demonios tenían un aspecto temible y escupían fuego por la boca.
Uno de ellos se giró, mirando a los ojos del Dios que, espantado por lo que veía, comenzó a huir.
Al emprender la huida dejó caer la peineta en llamas que le había alumbrado el camino,
haciendo un ruido que despertó a Izanami.
Ésta vio cómo Izanagi huía
y comenzó a gritar con una voz que en nada se asemejaba a la voz suave y dulce que siempre tuvo.

-¡Maldito seas! Has faltado a tu promesa y te maldigo por ello-
sonó de forma estridente en toda la cueva.
Iré a por ti y no pararé hasta darte caza por haberme deshonrado de tal forma.





Izanagi no hizo ningún intento de mirar hacia atrás. Todo el miedo que había dejado apartado en su viaje al mundo de las tinieblas se apoderaba ahora de él. Pronto empezó a sentir tras de sí cómo un grupo de demonios enfurecidos, dirigidos contra él por Izanami, le perseguían. La persecución se dio por todas aquellas peligrosas regiones por las que había logrado acceder a Yomi, hacía ya algún tiempo.

Aunque de nuevo la huida de Izanagi era más que una carrera, un vuelo, los demonios estaban a punto de alcanzarle. Para evitarlo, volvió a desprenderse de otra de sus peinetas que, al lanzarla contra el suelo, se transformó en un enorme viñedo.

Las gruesas raíces que surgían del árbol se enredaron en los cuerpos de sus enemigos. Los demonios se repusieron y comenzaron a devorar las raíces abriéndose camino rápidamente, pero Izanagi ya había puesto una gran distancia entre ellos.

Aún así, esta distancia no fue suficiente para que no pudieran alcanzarle antes de abandonar la región del subsuelo, y pronto, los volvió a tener cerca, ahora en mayor número. De nuevo cogió otra peineta, esta vez la última, y al lanzarla, brotó una gran cosecha de bambú que golpeó a muchos de los demonios reduciendo su número a la mitad.



El resto prosiguió la persecución, y en ésta casi dieron caza al Dios que, en el último momento, hizo correr un ancho y caudaloso río tras de sí, impidiendo definitivamente el avance de los demonios. Éstos, confusos, regresaron para admitir a Izanami su fracaso. La Diosa, enfurecida envió a los ocho Demonios del Trueno, los mismos que antes estaban devorando su cuerpo, y a otros mil quinientos demonios auxiliares para poner fin a la caza.

Izanagi estaba exhausto por la lucha que mantuvo con los demonios. En aquel momento se encontraba cerca de la salida del reino de Yomi, de rodillas en el suelo y tratando de descansar para poder continuar el viaje, cuando de pronto empezó a oír un gran rumor.

Era el ejército de demonios que le buscaba, y entonces supo que ya no tenía tiempo para huir. Desvainó el sagnado Amanonuboko y comenzó a luchar ferozmente contra ellos, que se precipitaban hacia él en masa.



Pronto comprendió que le resultaría imposible vencerles a todos en tan amplio número
y fue retrocediendo al tiempo que resistía el ataque como podía.

La salida quedaba cada vez más cerca y, justo cuando llegó a la misma,
las fuerzas le flaquearon obligándolo a caer.

Los demonios, aquéllos que aún no habían huido espantados por la fiereza con la que Padre Cielo luchaba,
se abalanzaron sobre él.

Pero cuando estuvieron a sólo unos instantes de devorarlo,

Izanagi invocó a los espíritus de la Naturaleza,

a los Kamis que junto a Izanami había dado vida,

para que le ayudasen en un desesperado y último intento.

El poder del Amanonuboko se hizo infinitamente más grande
al canalizar la energía de los millares de espíritus que acudieron a la llamada de su padre,
destruyendo así a un gran número de demonios de un solo golpe.

Los pocos demonios que sobrevivieron a la lucha con el Dios,
huyeron despavoridos a la guarida de Izanami buscando su clemencia y perdón.

Esta, invadida por una furia incontrolable, decidió ir a por su antiguo amado.

Aunque esta vez lo haría ella misma.



Izanagi estaba apoyado en la entrada del país de las tinieblas.
Intentaba recuperarse de lo que había sido el más duro combate de toda su existencia.
Todo su cuerpo estaba exhausto y en él se podían discernir varias heridas
que algunos de sus enemigos lograron inflingirle durante la batalla.
Su sangre, al caer al suelo, hacía estremecer al mundo que sabía que algo blasfemo había sucedido:
El Dios que le había dado forma había sido dañado y algo terrible debía augurar tal suceso.
Trataba de reponerse al dolor y al cansancio, pero orgulloso como fue siempre,
intentó levantarse y dejar atrás el lugar que tanto le atormentaba.
Al poner el pie en el suelo para dar el primer paso,
escuchó unas palabras procedentes del interior de las tinieblas:

-¡Aún no hemos acabado!- dijo Izanami. Tu deslealtad no ha cobrado el castigo que merece, Izanagi.

Al oír su nombre en esa desconocida y tenebrosa voz,
el Dios supo que la Izanami que conoció se había marchado para siempre de su mundo.
Sin dudarlo, pero a la vez con una calma absoluta, Izanagi movió una inmensa roca que había cerca de él
y con ella taponó la entrada a la cueva,
sin ni siquiera mirar al interior una vez más.
Antes de que intentase reanudar su marcha, volvió a oír la voz,
esta vez lejana, que venía del otro lado de la gran roca:

-¿Crees que todo acabará aquí? ¿Qué una roca impedirá que llegue hasta ti?
- resonaron, amenazantes, las palabras de Izanami desde el interior de la caverna.

-No, no lo creo- dijo con voz templada Izanagi.
Pero no estaré mucho más tiempo en este mundo, ya que nada me ata a él.
Rompo los lazos que nos unen definitivamente.
Volveré al Takamagahara donde no podrás hacer llegar tu influencia:
Yo volveré a la luz, vuelve tú a las tinieblas.

-¡Te maldigo!- grito desesperada Izanami. Maldigo cada palabra que pronuncies, cada paso que des,
cada cosa que toques o engendres. Te maldigo hasta lo más profundo de tu alma y maldigo tu mundo.
Cada día haré matar a mil hombres para traerlos a mi reino.

-¡Así sea! . Yo haré que nazcan mil quinientas personas
para que el mundo al que dimos forma siga su curso.
Rotos nuestros lazos, debemos separarnos, así como nuestros países deben separarse.
Huye a tu tierra de muerte que yo volveré a dar la vida.

Estas fueron las últimas palabras que los antiguos amantes se dirigieron.
La suerte del mundo fue echada en ese mismo instante
en el que el ciclo de la vida y la muerte empezó su curso en la Tierra.

Y así, Izanagi, al fin se alejó del lugar sin mirar atrás.

No miró hacia atrás nunca más.



Izanagi deseaba volver con los suyos al Takamagahara, pero antes debía dejar todos sus pesares en la Tierra. Sólo si su cuerpo y su alma eran totalmente puras podría regresar, y sabía que después de la lucha con los demonios de Yomi tendría que dirigirse al sagrado río Tachibana-no-Odo, en la adorada región de Kyūshū, para limpiar cuerpo y espíritu. Así lo hizo

Al llegar a orillas del río, se agachó y empezó a tomar con las manos, pequeñas cantidades de agua, de la que bebía y usaba para lavar su cara. Así mismo lavaba con paciencia sus heridas que, al ser tocadas por el agua del mágico río, sanaban inmediatamente.

Mientras lo hacía, se observaba en el reflejo y, pronto, fue testigo de algo que no podría haber imaginado jamás:

Al lavar su nariz nació Susano-o-no-mikoto, Dios del Mar y el Viento.
De su ojo derecho surgió Tsukiyo-mi-no-mikoto, Dios de la Luna.
Y, finalmente, de su ojo izquierdo, Amaterasu-no-mikoto, Diosa del Sol,
Augusta Señora del Mundo al que un día dieron su gracia los Primeros Hombres.
Observándolos con ternura se dirigió por última vez hacia ellos:

-Junto a Izanami, he engendrado hijo tras hijo, hasta llegar a la última generación de Dioses en la que he obtenido estos tres prodigiosos vástagos.

En ese momento Izanagi apartó cuidadosamente de su cuello el cordón de joyas invisibles que había portado en vida para entregárselo a su hija Amaterasu, a la que dijo:

-Que tu augusta persona gobierne el reino de los Cielos y traiga la luz al mundo.

Después se dirigió a Tsukiyo-mi:

-Que tu augusta persona gobierne el reino de las noches, cuando el Sol se retire a descansar.

Y por último a Susano:

-Que tu augusta persona gobierne el reino de los Mares y Vientos que surcan la Tierra.

La faz de Izanagi expresaba una total quietud, una calma que sólo podía proceder de un Dios como él. Pese al dolor que aún albergaba su corazón, las palabras que transmitió a continuación a sus hijos sonaron esperanzadoras y amables.

-Regreso al mundo al que pertenezco, pero no os dejo solos. En este espejo que os entrego -continuó hablando Izanagi, mientras de su cintura sacaba un objeto envuelto cuidadosamente en telas viejas- y que perteneció a vuestra madre, se reflejó muchas veces su hermoso rostro, cuyos rasgos todavía se entreven en cada uno de vosotros. Cuando os miréis en él la recordaréis tal y como era, y su recuerdo os ayudará a mejorar, a conoceros a vosotros mismos y acercaros a las más altas virtudes de las que ella siempre tuvo posesión. Así mismo, sabed que siempre estaré junto a vosotros.

En ese momento entregó el espejo, de nuevo a Amaterasu, y añadió:

-Os lo ruego. Que nada os separe a vosotros como nos ha separado la fatalidad a vuestra madre y a mí. Rogaré a los Dioses porque así sea.

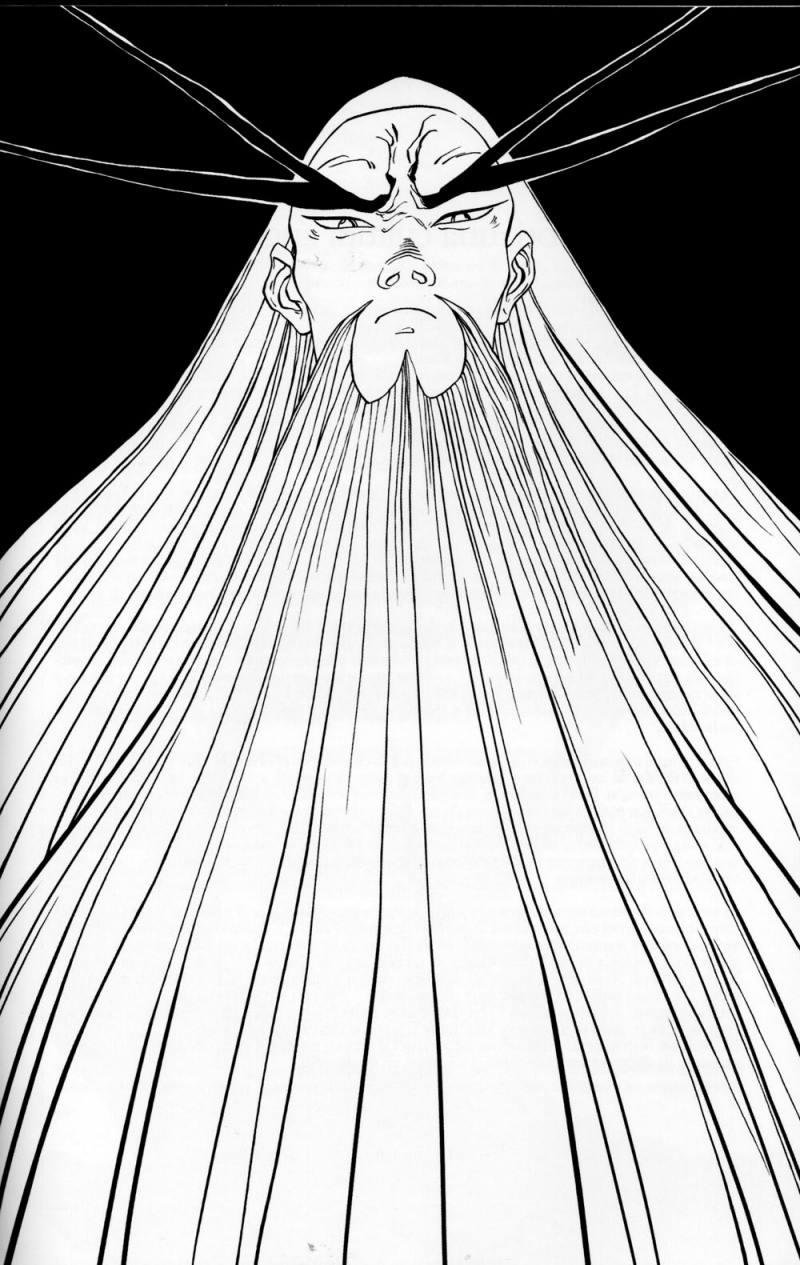
Antes de que los tres recién nacidos Dioses se dieran cuenta, Izanagi ya se dirigía al Takamagahara.

Había emprendido su andadura hacia el Cielo.
Su camino era una ascensión hacia la tierra de los Antiguos Dioses,
era el retorno de un Dios a su hogar.

Y el mundo lloró su pérdida durante mucho tiempo.

Aunque no sólo el mundo lloró.
El nacimiento de Susano también trajo consigo muchas lágrimas...
y destrucción...
y muerte...

FIN



Japón, una cultura ancestral

I

Los mitos han supuesto siempre el paso inicial, prácticamente en toda cultura conocida, para enfrentarse a un mundo que sus integrantes no comprendían. Ésta es, sin duda, la idea que hoy por hoy tenemos acerca de cualquier mitología, si no preguntad a cualquier conocido y encontrareis respuestas del tipo: "¿Mitología? Sí, te referes a esos cuentos antiguos sobre Dioses".

El politeísmo es una creencia arcaica y, para casi cualquier creyente de nuestros tiempos, una tendencia en sí misma pagana. Pero lo que no debemos olvidar es que para los antiguos pueblos, sus Dioses eran algo más que conceptos abstractos. Ellos no veían en aquellas figuras un medio de comprensión para su mundo, sino que creían en la existencia real de sus divinidades. Seguro que los japoneses veían a Amaterasu en cada nuevo amanecer, distinguiendo su figura en la llegada de los primeros rayos solares. O a la propia Izanami, como la madre tierra, cada vez que se encontrasen con algún paraje inexplorado de belleza extraordinaria.

La cultura japonesa creó en sus inicios, para sí, una forma autónoma religiosa basada en su sensibilidad y su exacerbado amor a la Naturaleza. Esta antigua religión era el Shinto (lo que algunos han traducido como "Camino de los Dioses" o "Camino del Kami") que si bien formó un sistema autóctono, también tomó influencias de algunas regiones Chinas, el Asia sudoriental y la propia Corea. En un principio, y como es común en el nacimiento de estas religiones ancestrales, los mitos se crearon y mantuvieron por tradición oral y no fue hasta la llegada de las instituciones imperiales (hecho que ocurrió en el momento en el que el budismo se empezó a entremezclar con el shintoísmo) cuando ésta se sistematizó como un conjunto de relatos.

Tal recopilación se llevó a cabo por medio de dos compilaciones: la primera, el llamado Kojiki, recopilado por Ohono Yasumaro en el 712; la segunda, el Nihon Shoki, es posterior, del 720 y fue redactada por el príncipe Toneri. En ambos textos, se utilizó un carácter histórico y fundamentador con el que trataban de establecer la sacralización del imperio japonés. La religión pasaba a ser así una legitimación del poder político y social del emperador, que gobernaba a su pueblo por mandato divino. Los emperadores eran descendientes de los Dioses solares, su representación en el mundo, y por ello, los únicos capaces de gobernar la tierra de los hombres.

Como ya hemos dicho, la religión japonesa destacó por su delicada percepción sensualista de lo natural y, con ella, la exaltación de los fenómenos naturales hasta el punto de convertir a todos ellos en deidades para su extensísimo panteón. Para los japoneses, cualquier cosa o ser contenido en la naturaleza era objeto de veneración; desde una roca, hasta un tejón pasando por el Sol o el mar. Estos fenómenos se materializaban en su expresión de kami. El kami no es en sí mismo un espíritu, aunque si hay una palabra en nuestra lengua que se le acerque probablemente sea ésta. Ante la ausencia de un Dios creador todopoderoso, los japoneses imponen esta forma de representar todo lo existente en una multiplicidad de kamis. Existen tantos kamis como variedad hay en la naturaleza.

El tema de la diferencia entre las versiones será el de mayor importancia para el análisis de la obra que teneis entre las manos y, por ello, nos ocupará lo que resta de espacio. Aunque la documentación acerca de la mitología japonesa es sorprendentemente escasa (de hecho es casi inexistente, al menos en castellano), lo poco que podemos obtener de las distintas fuentes no cuentan una sola versión. Esto se debe al hecho de que el Kojiki y el Nihon Shoki presentan muchas diferencias entre sí, y sitúan ciertos hechos en orden cronológico distinto, se narran hechos en uno que en el otro se omiten... Por esto, y para nuestra propia interpretación, hemos mezclado elementos de una y otra compilación según nos pareciese más lógica las actitudes de los personajes, los motivos para actuar de los mismos o la propia cronología de la historia.

No obstante hemos querido dedicar este espacio para el rigor en nuestra labor de documentación y así dar cuenta de las diferentes interpretaciones que encierra un mismo relato.



II

Nuestra historia comienza con el descenso de Izanagi e Izanami a la Tierra, aún sin forma. Antes de este hecho, las recopilaciones japonesas hablan del nacimiento de aquello que llamaron "Las siete generaciones divinas", entre las que se encontraban nuestros dos protagonistas. Estas generaciones de Dioses se formaron espontáneamente y supusieron el nacimiento de las deidades primigenias o primordiales, pero que poco influyen en los relatos posteriores. Estos se mencionan en nuestro relato bajo el nombre de "Los Antiguos Dioses del Takamagahara" y entre ellos se mencionará explícitamente al "Señor del Centro del Cielo" (como aquél que le entregó a Izanagi su sagrado Amanonuboko)

Quizás nuestra omisión más importante llegue en el mito de la gestación de los kamis. Recordamos que mientras Izanagi se dedicaba a recorrer las tierras que junto a su mujer había dado forma, ésta permaneció junto al altar Yashidono para no descuidar el culto, y allí, mientras veía a la naturaleza crecer y germinar, acabó entrando en una profunda tristeza al no formar parte de la misma. En el momento en el que Izanagi regresó y vio a su mujer tan apenada surge la siguiente historia:

"Izanagi ya estaba de vuelta de sus viajes por la Tierra. Una vez junto a su amada, se dio cuenta de la tristeza que la embargaba y al preguntarle por ello, ésta le respondió que se encontraba ausente del mundo que habían creado. Todo el amor que había en el mundo daba sus frutos, menos el suyo. Y así ocurrió el primer encuentro amoroso entre Padre Cielo y Madre Tierra. Los dos rodearon el Augusto Pilar del Cielo, Izanagi por la izquierda e Izanami por la derecha. Cuando ambos se encontraron, Izanami dijo:

-Agradezco a los Dioses haber encontrado un hombre de tanta belleza.

-El placer es mío por haber encontrado a una mujer tan hermosa- dijo el Dios, aunque notó un gran pesar en su corazón.

Después se unieron como hombre y mujer, pero esto no los hizo felices, y la alegría desapareció entre ellos. Pasado el tiempo, y fruto de esta unión, nació un hijo, pero éste era un ser demasiado débil y de terrible aspecto, similar al de una sanguiucla. Izanagi se pronunció al respecto:

-Este hijo es prueba de la infelicidad que hemos causado a nuestros Dioses.

-Es cierto, y por ello no podemos quedarnos con él- dijo decidida Izanami.

En ese momento los Primeros Padres, hicieron una barca de juncos donde depositaron a su hijo, al que abandonaron a su suerte en el mar. Después, Izanagi consultó a los Dioses y tras esto le comentó a su amada:

-Los Dioses no aceptaron nuestra unión porque el hombre debe tener precedencia sobre la mujer y, al rodear el Augusto Pilar del Cielo, tú te dirigiste a mí primero. Debemos hacerlo de nuevo, pero al contrario.

Y así lo hicieron, y nacieron la multitud de kamis que poblarían el mundo."

Había diversos motivos para eliminar esta parte del relato. En primer lugar, éste no es trascendente. El primer hijo, no grato, nacido de Izanagi e Izanami (cuyo nombre era Hiru-ko, también llamado Niño Sanguiucla) no volvería a aparecer en ningún relato posterior. En segundo lugar, el mito es un intento de hacer prevalecer la predominancia del hombre sobre la mujer, y seguramente su inclusión sería posterior a la creación de las historias originales. Esto lo probaría el carácter matriarcal que poseía la cultura japonesa en su origen. Dentro de su propia mitología veremos claramente este rasgo, como en el hecho de que la deidad más importante este encarnada en la figura femenina de Amaterasu.

Y en último lugar, sabíamos que lo incluiríamos en este espacio donde podría encajar mejor, sin romper la continuidad del relato y a la vez explicar como el mismo, podría ser una inclusión ulterior a los antiguos mitos.

En este mismo punto, cuando situamos el nacimiento de los kamis, cabe destacar que el Nihon Shoki incluía a Amaterasu, Susano y Tsukiyo como parte de la primera línea de descendencia. En nuestro relato, optamos por la versión del Kojiki, que lo situaba en la última fase del mito y que, sin duda, revestía de una mayor trascendencia el nacimiento de estas tres deidades de importancia capital en la mitología.

Así como ya hemos hablado de nuestra mayor omisión en el relato, es el turno de hablar ahora de nuestra mayor aportación: El mito de la Diosa de la Fuente del Llanto. En las distintas versiones se hace referencia a que, tras la muerte de Izanami, todos los kamis nacidos de la pareja primordial trataron de ayudar a Izanagi, que entró en la más profunda y desgraciada desdicha, pero en ninguna de ellas se cuenta como lo intentaron. Cuando imaginamos estos intentos de ayuda surgió la idea de este cuento a partir del nombre de la Diosa, nacida de las lágrimas y el dolor de su augusto padre. Este pequeño relato no se da en ninguna otra versión (o al menos en este caso "cualquier parecido con el mito es pura coincidencia"), y se incluyó por motivos estéticos, además de un vacío narrativo existente en esta parte de nuestra historia. De cualquier forma, su inclusión no generaba ningún conflicto con el mito y simplemente respondía a una libre interpretación de un hecho concreto (y no explicado) de la misma.

En la recta final de la historia nos volvemos a encontrar con un punto que ha sido alterado en la versión que os ofrecemos. Recordamos que cuando Izanagi huía de los demonios llegó a encontrarse en una situación muy difícil: Se encontraba acorralado por los mismos y ya casi había desfallecido por el esfuerzo. En ese momento hacemos referencia a una invocación de los kamis, sus hijos, que le ayudan a poder seguir luchando y derrotar finalmente a los demonios. Pues bien, en este punto, algunas versiones narran que Izanagi encontró en su huida un melocotonero del que obtuvo tres frutos que lanzó a los demonios haciéndolos huir. Nuestra propia interpretación nos lleva a pensar que el hecho de que los melocotones (en aquellos tiempos, el melocotonero ya era un árbol sagrado en Japón) hagan huir a los demonios, hace una referencia directa a la sacralización de lo natural que hacen los japoneses. De nuevo divinizan un árbol, un producto natural, contraponiéndolo con el mal existente en la tierra (representado en este caso por los demonios que persiguen al Dios). En la versión que os narramos hemos sustituido la acción de Izanagi de arrojar los melocotones por una invocación de lo natural, representado en los kamis, que volveran a ayudar así a su progenitor.

Existen otros puntos en nuestro relato que dan cuenta de las libertades creativas que han sido tomadas para la elaboración de este trabajo; diálogos, descripciones de algunos lugares (esto se ve claramente en el descenso de Izanagi al Hades) y situaciones (como el desafío de Izanagi a las deidades celestes), ilustraciones... Pero todas estas libertades se justifican tras el estudio exhaustivo, tras el rigor y la certeza de lo que ya se ha escrito y comentado.

Ésta es nuestra versión de los hechos.

Victor M.P.

